

máxime cuando hay aficionados que le anteponen á todos los demas. Sin embargo, nosotros podemos añadir que es preferible sentir, comprender y amar el arte por entero, desde sus mas sublimes inspiraciones hasta sus últimos caprichos.

LA SOTA DE ESPADAS. (1)

I.

Un grupo de jugadores se hallaba reunido en casa de Naroumof, alferéz de caballería, donde habian pasado una larga noche de invierno sin parar la atención, hasta que á las cinco de la mañana se sirvió la cena. Los que salian ganando se sentaron á la mesa con mucho apetito, y en cuanto á los otros se quedaron contemplando sus platos vacíos. Sin embargo á medida que el vino de Champagne iba calentando los cascos de los convidados, la conversacion se animaba y se hacia jeneral.

— ¿Qué tal te ha ido hoy, Sourine? — preguntó el amo de casa á uno de sus camaradas.

— He perdido, como de costumbre; en verdad, no soy afortunado: ya sabéis si tengo sangre fria; á punto con impasibilidad, no cambio nunca mi juego y siempre pierdo!

— ¡Cómo! ¿No has variado tu juego en toda la noche? Eso es demasiado.

— ¿Y qué diriais de Hermann, — dijo uno de los convidados señalando á un jóven oficial de ingenieros, — que en su vida ha tocado una carta, y que nos está mirando jugar desde las cinco de la mañana?

— Es porque me interesa el juego, — dijo Hermann, — pero no estoy de humor de esponer lo que necesito por ganar lo que no necesito.

— Hermann es alemán, y económico, y con eso está dicho todo, — exclamó Tomski, — pero lo mas sorprendente es mi abuela la condesa Anna Fedotowna.

— ¿Y cómo es eso? — le preguntaron sus amigos.

— ¿No habeis notado, — repuso Tomski, — que no juega jamas?

— En efecto, — dijo Naroumof, — es extraño, una mujer de ochenta años que no juega.

— Y ¿á que no sabéis por qué?

— No.

— Pues bien, oid. Sabréis como mi abuela estuvo en Paris hace unos sesenta años, é hizo furor. Todo el mundo corria tras de ella para ver la *Venus moscovita*. Richelieu la hizo la corte, y mi abuela dice que poco le faltó para saltarse la tapa de los sesos á consecuencia de sus rigores. En aquel tiempo las señoras jugaban al faraon; una noche mi abuela perdió en la corte bajo palabra una suma considerable contra el duque de Orleans: al entrar en su casa se deshizo el peinado, se soltó el tortillo, y con ese vestido trájico entró á contar su pérdida á mi abuelo, y á pedirle el dinero para pagarla. Mi difunto abuelo era una especie de mayordomo para su mujer, y la temia como á la pólvora, pero la cantidad que se le pedia, le hizo brincar hasta el techo, se encolerizó, se puso á echar cuentas y probó á mi abuela que en seis meses habia gastado medio millon; por último le dijo claramente que no tenia en Paris sus señorios de Moskou, ó de Saratof, y se negó á dar la suma deseada. Ya podeis imaginaros el furor de mi abuela; le sacudió un buen bofetón, y desde aquella noche

mandó que la pusieran una cama aparte en testimonio de su indignacion. A la mañana siguiente volvió á la carga, y por primera vez en su vida condescendió á entrar en esplicaciones, pero en vano se esforzó por demostrar á su marido que hay deudas de deudas y que no se puede obrar con un príncipe como con un cochero; malgastó toda su elocuencia sin que mi abuelo quebrantase su inflexible resolucion. Mi abuela no sabia qué hacer; por fortuna conocia un hombre muy célebre en aquel tiempo, de quien sin duda habréis oído hablar, el conde de San German, y ya sabéis que pasaba por una especie de judío errante posesor del elixir de vida y de la piedra filósofal. Algunos se burlaban de él llamándole charlatan, y Casanova dice en sus memorias que era un espia. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, á pesar de su vida misteriosa, San German era muy bien recibido en la buena sociedad y su carácter era amabilísimo; mi abuela ha conservado hácia él un afecto muy marcado y se enfada cuando no hablan de ese personaje con el respeto que es debido. Ella creyó que podria adelantarle la cantidad que necesitaba y le escribió un billete suplicándole que pasara á su casa; el viejo taumaturgo acudió en seguida y la encontró en el mayor estado de desesperacion. En dos palabras le puso al corriente de lo sucedido, le contó su desgracia y la crueldad de su marido, añadiendo que no tenia mas esperanza que en su amistad. San German, despues de algunos momentos de reflexion, le dijo: — Madama, podria facilitaros el dinero que deseais, pero como conozco que no descansarais hasta devolvermelo, y no quiero que salgais de un apuro para entrar en otro, os voy á proponer otro medio mejor que es el de desquitaros en el mismo juego... — Pero querido conde, — respondió mi abuela, — si me he quedado exhausta... — No necesitais dinero, — repuso San German, — oid... Y entónces la confió un secreto que estoy seguro que vosotros todos deseais saber.

Los jóvenes oficiales prestaban la mayor atención. Tomski se detuvo para encender su pipa, se apretó su cinturón, y prosiguió de este modo:

— Aquella misma noche mi abuela se fué á Versalles al juego de la reina; el duque de Orleans era el banquero. Mi abuela le contó una historieta para disculparse de no haberle pagado aun, y despues se sentó y principió á jugar. Tomó tres cartas; la primera salió ganando, dobló su juego á la segunda que ganó tambien, y lo mismo sucedió á la tercera; en una palabra, pagó cubriéndose de gloria.

— ¡Por casualidad! — dijo un oficial.

— ¡Vaya un cuento! — exclamó Hermann.

— Estarian señaladas las cartas. — dijo un tercero.

— No lo creo, — respondió Tomski con gravedad.

— ¡Cómo! — exclamó Naroumof, — tienes una abuela que sabe tres cartas que ganan, y no has sabido aun hacerle rico?

— Dificilillo es, — repuso Tomski, — mi abuela tuvo cuatro hijos, uno de ellos mi padre, de los cuales hubo tres que fueron jugadores hasta la muerte, y ninguno ha podido penetrar su secreto, que sin embargo les hubiera servido de mucho y á mí tambien. Pero oid lo que me ha contado mi tío, el conde Ivan Hlitch, bajo su palabra de honor. Tchaplitzki, ya sabéis, aquel que murió en la miseria despues de haberse comido millones, un dia cuando era jóven perdió unos treinta mil rublos contra Zoritch. Se hallaba en el colmo de la desesperacion, cuando mi abuela que no es muy indulgente con los jóvenes, hizo una escepcion con Tchaplitzki, y le dijo que jugase tres cartas una despues

(1) El relato que va á leerse es debido á la pluma del gran poeta ruso Pouchkine, habiendo sido traducido al frances con el mayor esmero é intelijencia por M. Próspero Merimée.